

Y..... ¡la ronda! —Déense presos:
 Pepe el Tuno— Nada importa:
 Por portador de arma corta,
 Al grillete por un mes.
 No llores, por Dios; te llevo
 Del pecho entre tela y tela:
 Yo soy hombre, el tiempo vuela;
 Que no te conozca el juez.....

MANUEL PUGA Y ACAL.

I

OCEANO NOX.

Todo duerme en torno mío;
 Sólo el mar está despierto:
 De la onda vigilante
 Se oye el monólogo eterno.
 Plegadas las velas todas,
 Porque también duerme el viento,
 El barco que se desliza
 Sobre el Oceano inmenso,
 Al fulgor de las estrellas
 Parece un enorme féretro.
 Ellas mismas, las radiosas
 Pupilas del firmamento,
 Parecen cirios que arden
 Junto al túmulo de un muerto.
 ¿Por qué todo está tan triste?
 ¿Por qué está todo tan negro?
 Y ¿por qué obstruye la bruma
 Mi fatigado cerebro?.....
 —“Hombre imprudente, que huyes
 Del vivificante sueño,
 Y vienes del Oceano
 A sorprender los secretos,
 Sabe que yo soy tan sólo
 Dilatado cementerio.
 Yo sirvo de último asilo

A cadáveres sin cuento
 Que en mis abismos profundos
 Duermen el último sueño.
 Allá en las playas remotas
 Que azoto á veces colérico,
 Hijos, esposas y madres
 Lloran por los que no han vuelto.
 No los verán nunca, nunca;
 Mi presa son; yo los tengo,
 Y es mentirosa conseja
 Que yo mis presas devuelvo.
 Que de todo cuanto muere
 En el mundo, soy el dueño,
 Y todo, tarde ó temprano,
 Ha de venir á mi seno.
 Tú mismo, cuando al fin logres
 Llegar á seguro puerto,
 No habrás aún escapado
 A mi poderío inmenso.
 Por tí y por los que descansan
 Bajo la tierra, en sosiego,
 He de ir pronto, muy pronto,
 Yo, destructor elemento,
 Cuando islas y continentes
 Invada al fin, y en el piélago
 Sin límites del vacío
 El orbe rueda en silencio,
 Como una lágrima enorme
 Llorada por los que fueron.”
 Esto la mar me decía
 En su monólogo eterno,
 Una noche en que ella sólo
 Y yo estábamos despiertos.

II

AMBICION.

En Suiza, por los altos ventisqueros,
 Sin querer descansar un solo instante,
 Huyendo de la turba de viajeros
 Corría jadeante.
 Por el borde de abismos tenebrosos
 Pasaba persiguiendo temerario
 Los vértices —¡fantasmas misteriosos
 Envueltos en blanquísimo sudario!—
 Ansiaba, en mi soberbia y mi locura,
 Llegar, tras tanto afán y pena tanta,
 Hasta la ignota, inmensurable altura
 Do nunca humano sér puso la planta.

En mi patria después, de los boscajes
 Por lo más silencioso é intrincado,
 Por donde no hay ni claros ni pasajes,
 También he caminado.
 En tanto que mi faz ensangrentaban
 Las espinas agudas que la herían,
 Mis manos anhelantes apartaban
 Las ramas que á mi paso se oponían.
 Porque, siempre soberbio y orgulloso,
 Llegar quería tras afán tan rudo,
 Al rincón de la selva más umbroso,
 Do nunca humano pie posarse pudo.

En el afán eterno de la vida,
 Sin que nunca la lucha me fatigue
 Ni me acobarde la ilusión perdida,
 Una ansia me persigue.

Quiero encontrar el corazón dormido
 Que los sueños de amor nunca han turbado,
 Que junto de otro pecho no ha latido
 Ni al eco de otra voz ha palpitado.
 Quiero, en mis orgullosos ideales,
 Hallar el alma para mí creada,
 Virgen como las selvas tropicales,
 Como la nieve alpina, inmaculada!

AMBROSIO RAMIREZ.

ODA AL TRABAJO.

Ya en el cielo presagian los crepúsculos
 La bella luz del día; ya amanece
 Tras las ríscas cumbres de los montes,
 Y de nocturna soledad los signos
 Disipa la mañana; es ya la hora
 De acudir al reclamo con que invita
 El trabajo al placer de sus festines:
 La blanda esclavitud del torpe sueño,
 Romped, caros amigos. ¿Por acaso
 No para todos amanece el día?
 Y es el día feliz con que comienza
 De otro siglo de oro el curso plácido
 Que no Saturno regirá. Más grande
 Que el áurea edad del fabuloso numen
 Nuestro siglo ha de ser, que en más ventura
 Y en equidad mayor y paz bendita
 Gobernará á los hombres el trabajo.
 Si amorosa cual antes no es la tierra
 Que sin cultivo sazonadas pomas
 Nos prodigue doquier; si las encinas
 No manan dulce miel, ni leche cándida
 Ha de ser el caudal de nuestros ríos;
 De la madre común el blando seno,
 Por el sudor del hombre fecundado,
 Derramará sin fin de bien seguro
 Y dones positivos ancha vena.
 Nuestro mal de presente fenecido

Pronto será, y entonces, Madre patria,
 Para tí empezará de venturosos
 Y ricos años prolongada serie.
 Ya no habrá quien se arroje en quilla frágil,
 Sin estrella ni ruta, al Oceano
 Que agitan la ambición, la artera maña,
 El torpe dolo, la ruín falsía;
 A ese tímido mar donde han hallado
 Claros varones y plebeyas gentes,
 En vez de honor excelso y alta gloria,
 Y tras de recia tempestad, segura
 Muerte en el seno del hinchado piélagos;
 Pero sí la llanura del Atlante
 Que nuestras costas baña, de ligeras
 Naos mercantes se verá poblada;
 Oiráse de las máquinas, henchidas
 De lo ajeno trocado por lo propio
 Con voluntad concorde, el fuerte grito
 Retumbando en las cóncavas montañas.

Ved ya cuál cruzan el inmenso valle
 Y los prados amenos; ved cuál suben
 A las enhiestas cumbres, cuál penetran
 El seno de los montes, cuál del río
 Se lanzan á través en curso férvido.
 De natura, del arte y de la industria,
 Mercurio activo volará, llevando
 De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo
 El preciado tesoro á los mortales.
 No más atado el yugo ponderoso
 Al cuello habrá de ser de tardos bueyes,
 Que otra reja abrirá los grandes surcos,
 Y otro será el arado, otra la esteva.
 Ni más el arador, de sus labores
 Hacinará con pena el fruto cierto,

Que gentil segadora en bellos haces
 Recogerá las mieses opulentas.
 Ve presa, madre patria, á la discordia
 Cargada de cadenas, y la turba
 De ruindades exánime á tus plantas.
 Mira en tus campos el mortal beleño,
 Que ánimo y fuerzas y vigor enerva,
 Doquier marchito, y la frondosa oliva
 Regalando á tus hijos fresca sombra.
 ¡Oye qué grato en el taller se escucha
 De alíferos volantes el ruído!
 ¡Qué negro sube el humo de las fábricas
 Al cielo en gruesas nubes! ¡Oh mil veces
 Venturoso trabajo!

Y ya que hubieren
 Los vicios terminado, almas virtudes
 Tornarán á vivir entre los hombres:
 En sus tronos augustos la justicia
 Y la verdad excelsa con luz pura
 De nuevo brillarán; del fiero Marte
 No habrá á quien guste el bárbaro ejercicio
 De sanguinarias lides contra hermanos;
 La amable paz y la concordia santa
 Habrán grata manida en todo pecho:
 A la feliz progenie que suceda
 Darán los cielos abundosos meses:
 Y tú, Patria, depuesto el torvo ceño
 De propios y de extraños enemigos,
 Dejarás los pesares que hoy te afligen
 Entre mirtos y rosas olvidados.
 ¡Cuánto gozo habrá entonces en el mundo!
 ¡Qué dichosos, amigos, de esta Patria,
 Que tanto amamos, correrán los días!
 ¡Y cuán hermoso al declinar la tarde
 Habrá de ser en el hogar paterno,

Junto á la amada esposa y caros hijos,
 Disfrutar las delicias que regala
 Tras largo trabajar dulce reposo!
 O en el disanto, cabe la onda pura,
 Bajo las frondas del ameno prado,
 ¡Con qué placer los fatigados miembros
 Cobrarán su vigor en grata fiesta!
 ¡Oh, si pluguiese al cielo que mis días
 Los bienhadados años alcanzaran
 Que te esperan ¡oh Patria! Aunque las musas
 Nunca han sido conmigo dadivosas,
 Pugnara por lograr el dón celeste
 De su divina inspiración, y entonces
 Fuera en mi senectud consuelo santo,
 La sien ceñida de laurel, tu dicha
 Decir al mundo en numeroso canto!

VICENTE RIVA PALACIO.

I

EL ESCORIAL.

Resuena en el marmóreo pavimento
 Del medroso viajero la pisada,
 Y repite la bóveda elevada
 El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
 Vive la vida de la edad pasada,
 Y se agita en el alma conturbada
 Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
 Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
 Esclavo de sí mismo un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo:
 Águila que vivió como un gusano,
 Monarca que murió como un mendigo.

II

A MI MADRE.

¡Oh cuán lejos están aquellos días
 En que cantando alegre y placentera,
 Jugando con mi negra cabellera,
 En tu blando regazo me dormías!

¡Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera
Que, por ser de mis labios la primera,
Con maternal orgullo repetías!

Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto,

Al recordar tu celestial cariño,
De mis cansados ojos brota el llanto,
Porque pensando en tí, me siento niño.

—

III

GLORIA.

—¿Adónde vas, hijo mío?
—Al combate, á la victoria;
Suenan el clarín de la gloria,
Y piensa escribir mi brío
Mi nombre ilustre en la Historia.

—Es grande tu atrevimiento.
—Padre, el mundo lo proclama;
Cuando la patria nos llama,
Con tan noble sentimiento,
¿Qué corazón no se inflama?

—¿Y qué buscas, delirante,
Tras de la ruda batalla?
—Ver mi bandera triunfante
Entre el polvo que levante
El bote de la metralla.

—¡Ay! hijo, temo perderte;
Me agita la pena fiera.

—Si me es adversa la suerte,
Cubran mi lecho de muerte
Los pliegues de mi bandera.

—¿De dó vienes, hijo mío?
—Padre, torno de la guerra.
—¿Y fué tu destino impío?
—Libre está ya nuestra tierra,
Y libre por nuestro brío.

—¿Y alcanzaste, hijo querido?.....
—No preguntéis, por favor:
Después de quedar herido
Alcancé, padre, el olvido
Y un recuerdo de dolor.

—¿Y esperas, en tu dolencia?.....
—Sólo espero, por mi mal,
Tras vergonzosa indigencia,
La cama de un hospital
Para acabar mi existencia.

—¿Y tus sueños? —Se han borrado
¡Ay padre! de mi memoria.
—Locura es, hijo, la gloria,
Que nunca del hombre honrado
Guarda el recuerdo la Historia.

—

IV

A DOS GOLONDRINAS.

(EN EL MAR.)

¿Adónde vais, peregrinas,
Ligeras cruzando y solas,
Inocentes golondrinas,
Del mar las tendidas olas?

Si acaso con vuelo incierto
 Buscáis un puerto seguro,
 Yo os daré tranquilo puerto
 Bajo un sol ardiente y puro.

Y allá, si queréis creerme,
 Entre mirtos y azahares
 Vereis mi patria que duerme
 Al ronco són de dos mares.

Tended allá vuestro vuelo
 Y hallareis plácido encanto
 Donde es una fiesta el cielo,
 Donde es el idioma un canto.

Sobre cascadas de flores,
 Perlas regando la aurora,
 Los alados trovadores
 La anuncian cuando colora.

En los lagos de cristal
 Que blanda toca la brisa,
 Plácida luz matinal
 Ensayá dulce sonrisa.

Allí en la obscura montaña
 Se mece gigante encino,
 Como flexible espadaña
 En el lago cristalino.

Y flores, y aves y fuentes
 Y mares, con grato són,
 Alzando están reverentes
 Sus himnos de adoración.

Y se mezclan confundidos
 En un inmenso concierto

Murmullos, cantos, rugidos,
 Como la voz del desierto.

Seguid con alegre vuelo
 Hasta esa patria, viajaras;
 Veréis retratar el cielo
 Los lagos de las praderas.

Veréis mares azulados
 Como el puro firmamento,
 Y de perlas coronados
 Al soplo manso del viento.

Veréis cruzar hechiceras
 Garzas blancas y rosadas,
 Las lucientes cordilleras
 De las ondas encrespadas.

Y en la ribera frondosa
 Del mar la brillante espuma,
 Regar la playa arenosa
 Del país de Moctezuma.

Mecerse los cocoteros,
 Dando sombra regalada,
 Y entre los verdes mangueros
 Pasar el aura callada.

Y en desatado torrente
 La luz intensa bañar
 El bosque, el prado, la fuente,
 El lago, la sierra, el mar.

Llegar con pausado vuelo
 Las noches tibias y bellas,
 En su fantástico velo
 Tejiendo polvo de estrellas.

Y en el húmedo follaje
Mil insectos luminosos
Que brillan en el ramaje
O se arrastran afanosos.

Y surgir entre la sombra,
Melancólicos, süaves
Con tal ternura que asombra,
Los cantos de extrañas aves.

Y sigue en grato concierto,
De las aves el arrullo,
Lejano, manso é incierto
De las fuentes el murmullo.

Y más que rumor, gemido
En los árboles gigantes,
Fingir el viento perdido
Entre las hojas flotantes.

Seguid, pobres golondrinas,
Buscando tan dulce cielo,
Que encontraréis, peregrinas,
A vuestras penas consuelo.

Seguid, y con rumbo cierto
Cruza la cerrada bruma;
Que os dará seguro puerto
La patria de Moctezuma.

Y dejando el mar bravío,
Alza himno de alabanza,
Llevando hasta el suelo mío
Mi recuerdo y mi esperanza.

JUSTO SIERRA.

I

EL FUNERAL BUCOLICO.

Incipe Menalios mecum mea tibia verens.
VIRG. ÉGL. VIII.

Su esfera de cristal la luna apaga
En la pálida niebla de la aurora,
Y la brisa del mar fresca y sonora
Entre los pinos de la costa vaga.

Aquí murió de amor, en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, llora
La primavera, y le tributa Flora
Rústico incienso cuyo olor embriaga.

Allí la pira está; doliente y grave
Danza emprenden en torno los pastores
Coronados de cipro y de verbená:

La selva plañe con murmurio suave,
Y yace, de Mirtilo entre las flores,
Oliendo á miel aún la dulce avena.

Mas llegan los pastores en bandadas
Al reir la mañana en el Oriente;
Mezclan su voz al cántico doliente,
Y se abren las violas perfumadas.